

Pepa Antón

LO VERDADERO ES EL MIEDO

CLAVE INTELLECTUAL



PEPA ANTÓN

Lo verdadero es el miedo

Prólogo de Mariano Peyrou



CLAVE INTELECTUAL

EL PRINCIPIO

El 15 de mayo de 1950 tenía siete años y tres meses, me faltaban dos dientes y estaba en pecado mortal. El traje de organdí, con el que mis primas mayores habían hecho la primera comunión, colgaba de la lámpara de mi cuarto y esa noche dormí mal.

En el colegio nos llamaban las futuras comulgantas. Íbamos a recibir al niño Jesús y teníamos que ser puras, ahora y hasta el día de la muerte. Ser puras era tener el alma blanca y transparente, pero con los malos pensamientos y los actos impuros se llenaba de manchas. Si tenías de eso, te ibas al infierno, aunque lo peor de todo era que hacías sufrir al niño Jesús.

A mí lo de hacer sufrir al niño Jesús no me importaba mucho. Estaba acostumbrada a pelearme con mis hermanos y a veces, en las apreturas del tranvía, no sé por qué, pellizcaba con disimulo a algún niño más pequeño que yo.

Pero lo del infierno era otra cosa. Por lo visto ardías eternamente sin terminar de quemarte nunca y, al mismo

tiempo, te pinchaban con hierros candentes, así que me propuse ser todo lo pura que hiciese falta con tal de no ir a semejante sitio. Del Juicio Final, sin embargo, no se libraba nadie. Me imaginaba la escena. Todos muertos, con la vida eterna por delante, sentados en el suelo de una inmensa explanada polvorienta y sin un solo árbol, esperando a que saliese Dios. Dios de repente aparecía en el escenario y nos iba señalando con el dedo y contando a voz en grito todo lo que habíamos hecho de malo en la vida. Sólo de pensarlo me daban escalofríos. Decidí entonces que me llevaría una manta al otro mundo para taparme la cabeza cuando Dios empezase a contar lo mío.

Aprendimos de memoria el catecismo y cosas que no eran para entender, sólo para creer. Yo escuchaba con muchísima atención y estaba dispuesta a creérmelo todo, hasta que un buen día la monja nos contó que *el arcángel San Gabriel se apareció a una virgen llamada María*. Aquello me sonó raro, no lo de que se apareciese un arcángel, que eso era completamente normal, sino lo de *una* virgen. Yo sólo conocía una, la Virgen, y la frase daba a entender que había varias.

—Ma mère —dije, después de levantar la mano y obtener permiso para hablar—, ¿qué quiere decir virgen?

Sólo yo me había fijado en ese detalle. Pensé que la monja se daría cuenta y me diría: muy bien, se ve que es usted muy aplicada y que se está preparando a fondo para la primera comunión. Entonces yo sonreiría humildemente y todas las niñas me tendrían una envidia estupenda.

Pero no fue así. En realidad la idea no había sido mía sino del mismísimo demonio. Satanás me había tentado

soplándome al oído la pregunta, y yo había caído en su trampa. Lo vi reflejado, envuelto en llamas, en los ojos de la monja que me miraba con espanto.

—Todas fuera —gritó la mère, y añadió señalándome con el dedo—, por su culpa.

Salimos de clase a todo correr y nunca más se volvió a hablar de aquello. Estaba claro que mi horrible pregunta tenía que ver con los malos pensamientos y los actos impuros.

Yo quería hacerlo todo bien, lo que pasaba era que tenía muy mala suerte.

Mientras nos preparábamos para la primera comunión, debíamos vigilar a nuestras madres para que se vistiesen con decoro y, en caso contrario, decirles, con mucha humildad, eso sí, que se tapasen, porque ofendían al niño Jesús. Me encantó la idea y estuve vigilando atentamente los escotes de mi madre durante un tiempo, hasta que se me olvidó. Mi madre era vasca de las de toda la vida y se vestía siempre de lo más decente.

Se acercaba el día más feliz de mi vida. Hasta el fotógrafo que vino a casa lo repetía, empeñado en que sonriese. Yo apretaba los labios con fuerza porque me faltaban dientes y porque no tenía ningún motivo para sonreír. Días antes había tenido que pedir perdón a mis padres sin saber muy bien por qué. Al parecer era un trámite tan ineludible como el del Juicio Final. Como me daba una vergüenza horrorosa, pedí perdón tan bajito que no me entendieron nada y tuve que repetirlo.

Por fin llegó el día. La noche anterior me acostaron con la cabeza llena de bigudíes, como cordones de zapatos con alambre dentro, para rizarme el pelo y peinarme en tirabuzones. Los bigudíes me hacían daño y el traje

blanco, colgado de la lámpara, parecía un fantasma en la oscuridad. Además iba a comulgar en pecado mortal.

Para nuestra primera confesión, la monja nos había enseñado a hacer examen de conciencia. Ella decía en alto, de uno en uno, los mandamientos de la ley de Dios, sin saltarse el *no matarás* ni el *no desearás la mujer de tu prójimo*, y luego nos dejaba un ratito en silencio. Bajábamos entonces la cabeza, y con los ojos cerrados, tal como nos había dicho, nos mirábamos el alma. De vez en cuando yo los abría un poquito y miraba de reojo a las demás. Me hubiera gustado saber de qué se iban a confesar ellas para hacerme una idea. Me torturaban las dudas, y el tiempo corría sin que yo acabase de elegir mis pecados. Cuando ya estaba de rodillas en la oscuridad del confesionario, con el cuello estirado para llegar a la rejilla, lo decidí: *He mentado, he contestado mal, he desobedecido y he tenido malos pensamientos*. Ya está, pensé, ahora me pone la penitencia y me voy.

La pregunta del cura me pilló por sorpresa. *¿Cuántas veces?* Y yo contesté rápidamente el primer número que me vino a la cabeza. En ese momento lo estropeé todo. Me había inventado el número de malos pensamientos y la confesión no me había valido para nada. Comulgaría en pecado mortal y eso se llamaba sacrilegio.

De dos en dos entramos en la capilla con nuestros trajes blancos, coronas de flores y largos velos, mientras el armónium sonaba y algunas madres lloraban.

Todo salió bien. Yo era una sacrílega que había hecho la primera comunión en pecado mortal, pero nadie lo había notado. Luego nos dieron una taza de chocolate con suizos para mojar, y alguien me regaló mi primera pluma estilográfica.